

La R. Azorin

CAPÍTULO IX

EL DELITO Y LA MISERIA

¿La miseria influye en la criminalidad? ¿Cuál es la extensión de esta influencia? Los escritores que han examinado esta cuestión, terminan con conclusiones opuestas: los unos no ven en la miseria, sino una causa *ocasional*, dando á la criminalidad una forma, sin la cual, aquella hubiera tomado otra dirección: los otros consideran la miseria, como la causa principal de los delitos. Los que quieren explicar el delito por el atavismo, ó por una anomalía física y psíquica, se ven obligados á restringir y aun á negar la acción de la miseria: así sucede con monsieur Garofalo. Los que, por el contrario, rechazan las teorías de M. Lombroso y que exageran la influencia del medio social, se ven forzados á hacer depender la moralidad ó la criminalidad, del bienestar ó de la miseria: así sucede con el Dr. Colajanni.

La influencia de la miseria en la criminalidad, me parece fuera de toda duda. En los años en los cuales han resultado malas las cosechas, ó ha habido poca prosperidad en la industria, ó las crisis agrícolas é industriales han creado paralización en los trabajos, aumenta el número de los delitos. Durante los años 1840, 1847 y 1854 observase una recrudescencia en la criminalidad, por efecto del precio elevado que alcanzó el trigo. En Argelia, este aumento es más notable que en Francia, porque los árabes, que son imprevisores, en los años de

abundancia no saben ahorrar, para los años de escasez. En las poblaciones salvajes, la acción de la miseria es mucho más poderosa, pues muchas veces se mata á los ancianos, cuando vienen á faltar los alimentos.

Así creo que M. Garofalo restringe demasiado la acción de la miseria, cuando escribe que esta es la causa *ocasional* de la criminalidad y que solo le da forma, y que la criminalidad del agente llevado al delito por la miseria, hubiérase dado á conocer de otra manera. Hay ciertamente algunos casos, (que he visto) en los cuales el crimen ha sido producido, determinado por la miseria, y en los cuales el agente hubiera resistido, sino le hubiese faltado lo más necesario. Recuerdo en particular, haber formado una investigación contra un labrador, muy pobre, cargado de hijos, quien había tratado de envenenar á su suegro á quien debía mantener, con el fin de que de esta suerte pudiese dar algo más de pan á sus hijos. He visto también, durante un invierno riguroso, á algunas pobres mujeres, apoderarse de un poco de carbón, obrando solo por la presión de la miseria. ¿Puede imaginarse una situación más dura, y más atroz? La pobreza no expone tan solo á un hombre á sufrir, á ver sufrir á sus hijos, sino también á la tentación de hacer cesar estos sufrimientos, por un acto ilícito, cuando no se puede obtener trabajo. Bajo este punto de vista ¿qué desigualdad moral entre el pobre y el rico! «A la riqueza le es fácil en gran parte, el no encontrarse expuesta á hacer daño involuntariamente á nadie, ni á emplear la mentira.» (Platón, *La República*, lib. I.)

Sin duda, no son numerosos los casos en que el delito es debido á la presión de la miseria: pero sin embargo son demasiados los que á ella son debidos. La riqueza aumenta, y desgraciadamente se reparte aun de una manera muy desigual: mientras en las grandes ciudades se acumula en pocas manos, el número de los pobres, ¡ay! no disminuye mucho. Parece que la tendencia más peligrosa de la civilización, es de aumentar sin cesar la desigualdad social, resultante de la desigualdad natural: pero es necesario apresurarse á añadir, que la sociedad está cada día más y más penetrada de los deberes hacia los pobres, las mujeres y los niños (1).

(1) El espíritu cristiano procura ingeniosamente encontrar nuevas formas de caridad, aplicables á las nuevas miserias. Así es que en París y Lión se

La miseria hace correr peligros á la moralidad, no solo con la privación de lo necesario, sino también y sobre todo, por las deplorables condiciones en que se encuentran los hijos de los pobres en las grandes ciudades.

Aun reconociendo que la miseria ejerce cierta influencia sobre la criminalidad, preciso es guardarse de exagerarla como lo hace el Dr. M. Büchner (1). Para este sabio alemán, el pobre é ignorante está inclinado al delito, «no conoce otro camino para vivir; es víctima de su situación.» (*Fuerza y materia*, página 498.) Nada más opuesto á la verdad, que este aserto, que contiene más desprecio, que compasión, para el pobre. ¿Qué opinión teneis pues de los obreros, de los campesinos, vuestros semejantes, vuestros iguales en moralidad, para suponer que no tienen, que no conocen otros caminos para vivir que el del delito? En la vida del pobre, ¿no hay aun bastantes dolores y tristezas? ¿Por qué quereis arrebatárle el sentimiento de su dignidad, de su valor moral, y considerarlo como una fiera, inclinado al mal, y que los favorecidos por la fortuna y la ciencia tengan el derecho de despreciarles? Sin embargo, no son obreros que ganan tres ó cuatro francos diarios para mantenerse y sostener á su familia, los que arruinan comarcas enteras con estafas colosales, disfrazados con las apariencias de sociedades financieras, no son obreros los que trafican con sus empleos, los que venden condecoraciones, los que hacen quiebras fraudulentas, los que cometen falsificaciones, etc., etc. ¿Creeráse que se encontrarían obreros ó labradores, capaces de hacer perpetuar con una medalla, el recuerdo de excelentes comidas dadas mientras sus conciudadanos morían de hambre ó se batían, en tanto que su patria, ya vencida, ya humillada, sitiada, esperaba nuevos desastres? (Véase el capítulo anterior.) ¿Quién ha dado estos escándalos? ¿Es verdad que «los lechos de oro y púrpura son testigos menos frecuentes de las liviandades de las mujeres, que los lechos sencillos y sin adorno?» (Eurípides.)

ha creado una orden de religiosas que tienen por misión especial, dirigirse á las casas de los obreros, y suplir á la mujer que está enferma, en sus cuidados domésticos, limpiar y barrer los aposentos, cuidar los niños y preparar la comida. ¿No es esto admirable?

(1) Me parece que M. Haussouville en sus notables estudios sobre la criminalidad, ha exagerado la influencia de la miseria, cuando escribe que «el más poderoso móvil de la criminalidad, es aun la miseria.» (*Revista de ambos mundos*, 1.º de abril 1887, pág. 595.)

He tenido la curiosidad de examinar, si según las estadísticas criminales, los pobres son los únicos que cometen homicidios, robos, violaciones, etc., etc.: y así, tomo por ejemplo el año 1880, y encuentro que acusados que ejercían profesiones liberales, 87 lo fueron por delitos de violación cometidos contra menores de 15 años, 18 por homicidio, 15 por asesinato, 33 por falsedad en documento público, 19 por abuso de confianza, etc., etc., total 132 delitos contra la propiedad y 144 contra las personas. Entre los acusados juzgados en 1880 por los Assises, figuran 29 profesores laicos, 13 profesores congregacionistas, 58 funcionarios públicos, 60 propietarios rentistas, 29 representantes de la fuerza pública, 80 fabricantes y negociantes, 177 empleados de comercio, 17 individuos del clero, 12 artistas, 29 banqueros, agentes de negocio, etc., etc. En estas cifras no van comprendidos los procesados, mucho más numerosos, que pertenecían á distintas categorías de hombres que tenían instrucción y poseían fortuna, juzgados por los tribunales correccionales: desde 1833 á 1880, los tribunales de los Assises, han condenado á muerte á 191 negociantes y empleados de comercio, 81 propietarios rentistas ó que ejercían profesiones liberales.

Así pues, el número de delitos cometidos por los propietarios rentistas, ó por los que ejercían profesiones liberales es mucho mayor, que el de los cometidos por vagabundos y gente sin profesión ni oficio. Durante muchos periodos, la diferencia ha sido aun mayor: así de 1851 á 1860, las cifras han correspondido, 4,132 á gente de la primera categoría, y 3,686 de la segunda. (*Estadística criminal de 1860*, pág. 24 y 26.) De 1871 á 1875, hubo por término medio 313 acusados, propietarios rentistas ó que ejercían profesiones liberales, mientras que sólo llegó á 281 el de los acusados mendigos, vagabundos ó mujeres públicas. (*Estadística de 1880*, pág. 139.) En 1884, 1885 y 1886, la proporción de los primeros fué mayor que la de la gente sin oficio. (*Estadística de 1886*, pág. 19.) Es verdad que en 1887, la proporción resultó al revés, pues hubo 328 acusados gente sin oficio y 278 propietarios ó que ejercían profesiones liberales. De los 28 condenados á muerte en 1888, 3 ejercían estas profesiones, y 2 no tenían ocupación alguna (1). (Véase el *Diario oficial* del 31 enero de 1891.)

(1) Resulta también de las estadísticas que las personas que ejercen pro-

El número de acusados sin oficio ni ocupación, no indica por otra parte, el número de delitos producidos por la miseria, ya que aquellos son casi siempre vagabundos que cometen los delitos más diversos, los unos por pereza, los otros por codicia, etc., etc., pero en realidad, los delitos que reconocen como única causa la miseria, son pocos.

Véase pues, como aunque todos los ciudadanos tuviesen instrucción y bienestar, siempre habría criminales: el número podría disminuir un tanto, pero no mucho. Siempre habrá negociantes que engañarán en la cantidad y la cualidad de sus mercancías, comerciantes que falsificarán los productos, empleados que abusarán de la confianza de sus patronos, notarios que distraerán los fondos que se les han confiado, mujeres que envenenarán á sus maridos, esposos que matarán á sus consortes, profesores laicos y no laicos que cometerán atentados contra el pudor.

La mayor parte de los delitos se cometen, no para sustraerse de la miseria, sino para procurarse la riqueza, el lujo, los placeres, ó satisfacer las pasiones: y Aristóteles en su profundo espíritu de observación, lo había ya hecho notar. Así decía: «Los hombres cometen injusticias no sólo para cubrir las necesidades de la vida, sino que muchas veces la avidez de los placeres y la impetuosidad de las pasiones les hacen injustos, porque si sus deseos sobrepujan á sus necesidades, cometen toda clase de violencias para satisfacerlos: no es pues la necesidad lo que les obliga á ser injustos, sino también cuando sienten deseos violentos, cuando quieren procurarse toda clase de placeres sin molestia. (*Política*, II, cap. IV.) La codicia y las pasiones que llevan el delito, se albergan en el alma así de los pobres como de los ricos.

Por otra parte, la riqueza y la pobreza son cosas relativas. El rico, que gasta más de lo que sus recursos permiten, que tiene grandes necesidades ficticias, es mucho más pobre, que el que tiene poco, y con poco se contenta. El que posee modestos recursos, es más rico, que el banquero cuyos hábitos y cuyos gastos sobrepujan á su fortuna. «Necesario es medir la

fesiones liberales, son más expuestas que las demás á la locura, y que entre aquella clase, figuran muchos suicidas. Así en 1888, se cometieron 1,097 suicidios por hombres dedicados á aquellas carreras. (V. el *Diario oficial*, 31 enero 1891, t. XV, pág. 394 del *Diccionario de Medicina* de Saccoud.)

fortuna, por la extensión de las necesidades de cada cual» dice Cicerón en su *Paradoja* VI. Yo he visto hundirse á varios hombres que ocupaban una gran posición, poseyendo buena fortuna, pero cuyos deseos, cuyas insaciables exigencias del lujo y los placeres eran extraordinarios. Sus rentas no les bastaban, porque «la falta supera á lo que se posee.» (Platón.) La pasión más inocente, por ejemplo el amor á los buenos libros, puede perder al bibliófilo, y llevarle hasta el delito, si no limita sus compras á sus recursos, y de esto, he visto varios ejemplos.

Pero sobre todo lo que pierde á muchos hombres, son los gastos excesivos, para la satisfacción de una pasión culpable. Yo he debido condenar á banqueros, notarios, comerciantes, etcétera, etcétera, que poseían buena fortuna, pero también tenían vicios que la consumían. Así es que Franklin decía, que no hay nada tan costoso, como el sostener y mantener un vicio. Desgraciadamente, se ha introducido en las costumbres francesas una modificación lamentable: antes nadie gastaba todas sus rentas y se economizaba mucho: hoy los hábitos del ahorro son muy raros, y se vive al día. Las deudas no causan miedo y se gasta más de lo que se percibe: un amor immoderado al lujo, á los placeres, conduce á faltas de delicadeza, á trampas y engaños, á abusos de confianza, y á estafas de todo género: he ahí porque ha aumentado tanto el número de estos delitos.

No se atribuya pues á la miseria, el acrecentamiento que se observa en los robos y las estafas: á pesar de las crisis agrícolas é industriales que atravesamos y que alcanzan de un modo más especial á los propietarios y á los patronos, nunca el trigo había estado tan barato. No debe creerse que los robos de trigo ó de harina que se cometen, sean debidos á hombres que tienen hambre: yo he intervenido en muchos procesos de esta clase, y los acusados eran perezosos, vagabundos, hombres de la crápula. Robaban un almacén ó un molino para vender lo robado á un encubridor. Lo mismo acontece con los robos de pan, por más que sean en extremo raros: durante mi carrera, he debido juzgar tan sólo tres, y todos cometidos por vagos. Lo que provoca el delito, no es tanto la pobreza, como la huelga. Desde el momento en que los obreros, por efecto de las huelgas ú otra causa cualquiera, dejan de trabajar, se instalan en las tabernas, sienten las excitaciones malsanas del

alcohol, de la prensa revolucionaria y de los rufianes, hasta el punto que sin conocerlo van hacia el crimen.

Cuando se piensa en las dificultades de la vida, en los sufrimientos y las privaciones que impone la pobreza, causa admiración el que los pobres no cometan muchos más delitos que los ricos. En la riqueza acompañada de la ociosidad hay un poder de desmoralización, que es mucho más formidable que la pobreza: es una desgracia nacer pobre, pero también lo es el nacer rico y vivir en la ociosidad. La riqueza inclina al materialismo, mientras que la pobreza conduce al idealismo (1). «La razón queda reblandecida y como fundida por el deleite» (Plutarco) mientras que aparece fortificada con el trabajo. El placer vuelve al hombre egoísta, el sufrimiento despierta la simpatía hacia las aflicciones de los demás: *non ignara mali miseris succurrere disco*. Cuando la vida es sobrado feliz, el sacrificio se hace difícil: al contrario, el hombre que para comer pan, arriesga cada día su existencia, no teme ni retrocede ante el peligro, y lo vence con suma facilidad: cuando la pobreza es una carga tan pesada, que poco cuesta el morir, se sacrifica sin esfuerzo la propia vida por los demás (2). Sin duda alguna, la riqueza no es mala en sí, cuando de ella se hace un buen uso; proporciona independencia, desahogos, y los medios de ser útiles á los demás; pero si no va acompañada del interés por el bien público ó el estudio, comprendo que Platón dijera: «Dos cosas hay incompatibles, una gran virtud y grandes riquezas.» (Platón. *Las leyes*, V.)

En resumen, no creo en modo alguno, que el rico tenga menos tentaciones que el pobre, de causar mal al prójimo: cuanto más se posee, tanto más se quiere poseer: por otra parte, cuanto más aumentan las riquezas, tanto más crecen las necesidades ficticias creadas, y si las riquezas no son suficien-

(1) Un hombre que conoce mucho á los obreros, M. Corbon, ha dicho en un libro publicado hace veinte años, que el obrero es espiritualista. (*El Secreto del pueblo*, 305.) Es verdad sin embargo y por desgracia, que desde entonces el positivismo ha hecho muchos progresos entre los obreros.

(2) En los numerosos accidentes sometidos á los tribunales, los patronos para eludir toda responsabilidad, atribuyen á menudo la causa del accidente á la imprudencia del obrero, que se precipita al peligro con una indiferencia extremada. Un pequeño deshollinador de doce años, á quien yo recomendaba algunas reglas de prudencia, me dió la siguiente aflictiva contestación: «Lo mismo nos da á nosotros el morir, que escapar del peligro.»

tes para satisfacerlas, no tarda en aparecer la idea de aumentar aquellas por todos los medios que se pueda. Admitiendo que un día, todos los hombres lleguen á ser ricos é instruidos, sueño que me parece irrealizable, la codicia siempre creará, ladrones, estafas y falsificadores: el odio y la venganza siempre serán origen de homicidios, incendios ó asesinatos: el desorden siempre dará lugar á atentados contra el pudor. El progreso material y el progreso intelectual no llegarán nunca á abolir las pasiones, y no dispensarán jamás al hombre de la lucha que ha de sostener contra ellas. Siempre deberá el hombre reprimir su cólera, su sensualidad, poner un freno á su codicia, en una palabra, salvar su alma de las pasiones y hacerla libre. El aumento del bienestar y de la instrucción, no conseguirán nunca hacer inútiles, la fuerza pública y el código penal.